

SEBASTIÁN GARCÍA VÁZQUEZ

El pintor de Extremadura

SEVILLA 1984

Separata del «Boletín de Bellas Arte» 2.^a Época, Nº XII, publicado por la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, con la protección de Consejo S. de Investigaciones Gentílicas y Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Sevilla.

Eugenio Hermoso, mi primer maestro en esto de la pintura, nació en Fregenal de la Sierra. Diez años tendría yo cuando un buen día un amigo de mi familia, natural de Fuente de Cantos, pueblo bien conocido por ser cuna de Zurbarán, sabiendo mi gran afición a la pintura, me llevó a casa un número de la revista Nuevo Mundo que traía un artículo dedicado a un joven pintor y firmado creo recordar por José Cascales Muñoz. Aquel pintor era Eugenio Hermoso. Tal impresión me causó aquel artículo, tanto me gustaron las ilustraciones de cuadros que lo acompañaban que no las he olvidado aún: Un autorretrato, “Camino de la muerte”, cinco o seis muchachas pueblerinas a las que acompaña un galán con acordeón. “Hijas del terruño”, una zagalilla con un canasto colgado del brazo y una niña de la mano; “María y Miguel”, cuadro que después pude ver en su estudio y lo juzgué como magistral pintura y pura poesía en color. Como toda su pintura. Este título debió ser muy grato a su autor por cuanto años más tarde se lo dio también a un díptico con dos figuras —hombre y mujer— con composición naturalmente diferente a la primera y me parece haber leído en el libro “Vida de Eugenio Hermoso”, escrito por él mismo con el seudónimo de Francisco de Nertóbriga, que en Fregenal, en el mismo pueblo, hay una fuente llamada de María y Miguel con una cierta leyenda de amores desgraciados.

Otro cuadro reproducido en la revista era titulado “La novia de Juan”, una joven con aire muy de pueblo esperando a que su Juan quiera llegar. Debe suponerse que ya habrá llegado. Aquella revista la retuve yo varios días con la intención de quedarme con ella. Me gustaban tanto aquellas pinturas que no pasaba día que no las contemplara; pero con verdadero sentimiento no tuve más remedio que devolvérsela a su dueño, que como buen extremeño la tenía en gran estima.

Haciendo un sacrificio me lleva mi padre a Huelva en el otoño de 1917 a aprender la pintura en una miniescuela costeada por la Diputación Provincial en la que Hermoso —treinta y cuatro años— era todo en uno: Director, profesor y claustro. Alumnos seríamos ocho o diez. Hoy hubieran sido cien; o mil, vaya usted a saber.

Poco tiempo pude recibir sus lecciones porque Hermoso, que ese mismo año había conseguido la primera medalla de la Exposición Nacional, medalla que se le estaba debiendo desde 1906, en cuya Nacional en lugar de darle la primera que sobradamente mereció le dieron sólo la segunda, pensó en consecuencia poner estudio en Madrid, como así lo hizo al año siguiente.

Con Hermoso sólo pude practicar el dibujo de estatua. Para dibujar del natural no se disponía de modelos y a la clase de colorido no me dio tiempo a llegar. En realidad lo que yo mejor aprendí de este gran pintor fue su moral artística, su honradez de pintor que se correspondía perfectamente con su honradez humana. Eugenio Hermoso perteneció a la generación de pintores que algunos llaman de 1900 y otros de Alfonso XIII. Cualquiera de los dos nombres le viene bien. Artistas de esta generación, los más destacados entre los que solían concurrir a las Exposiciones Nacionales fueron Chicharro, Sotomayor, Hermoso. Benedito, Zubiaurre, Romero de Torres, López Mezquita, Anselmo Miguel Nieto, Vázquez Díaz, Salaverria, Julio Moisés. Todos estos pintores dieron sus mejores frutos en un promedio de cincuenta años. Pocas épocas en igual tiempo pueden ofrecer un número igual de esa categoría.

De todos ellos considero a Hermoso, Romero de Torres y Zubiaurre los más personales, los de una más acentuada españolidad y los que dieron más espíritu a las figuras que llevaron a sus

lienzos. Como también digo que así como Romero de Torres y Zubiaurre al final llegaron a amanerarse Hermoso no. Hermoso cuando se ponía a pintar “no se sabía el cuadro de memoria”. Tenía que ir pensándolo, descubriéndolo, conquistándolo.

He dicho al principio que a Hermoso se le debía la primera medalla desde el año 1906. Entonces en justicia tenían que habérsela concedido, que para eso estaba allí pidiéndola con todo derecho su magnífico cuadro “La Juma, la Rifa y sus amigas”, título sin duda alguna muy original como lo es la composición. La originalidad algo distinto de la personalidad tiene también su mérito. Todo artista que no ofrezca aunque sólo sea de cuando en cuando algo original tengo para mí que no pasa de ser un artista vulgar, y Dios libre al artista de ser vulgar porque esto casi siempre coincide con andar no muy sobrado de talento.

Hermoso siempre tuvo a este cuadro de la Juma por el mejor

de los suyos, que ya es decir, porque fueron muchos los buenos, y el hecho de que le concedieran sólo la segunda medalla y no la primera, que era la que tenían que haberle concedido, le proporcionó el mayor disgusto de su vida artística; pero más que por la usurpación del premio por la consecuencia de que el cuadro no fuera adquirido por el Estado y por lo tanto que no figure hoy en el Musco de Arte Moderno de Madrid. Aunque bien es verdad que de haber entrado en el Musco tal vez hoy hubiera tenido que dejarle el sitio a alguna mamarrachada o a algún entretenimiento de los que hace años vienen endosándole al Estado porque no encuentran particular que los adquiera. El Estado es un ente sin ojos que no siente ni padece y por lo tanto no sufre el castigo de ver lo que no merece verse.

Murió este pintor en Madrid el 2 de febrero de 1963. y al año siguiente como homenaje la Academia de Bellas Artes de Madrid organizó una bien nutrida exposición de su obra, cuyo catálogo iba precedido de una semblanza del pintor y unos comentarios a su pintura escritos por el muy notable historiador de arte Enrique Lafuente Ferrari, trabajo el más acertado y también el más sentido de los que yo he leído sobre este artista. Esta misma exposición, a instancia de la Academia de Bellas Artes de Sevilla vino a esta ciudad y fue instalada en el Pabellón Mudéjar de la Plaza de América. Allí pudimos ver y contemplar el cuadro La fuma, cuadro que cuando hablamos de la obra de este pintor inevitablemente sale a relucir porque en verdad es un cuadro que siempre relució, reluce y relucirá.

En otra ocasión he dicho que la obra de Hermoso desde su juventud hasta su final nos muestra muy a las claras tres maneras de pintar, tres técnicas que acaso correspondan a tres conceptos artísticos aunque entre éstos haya poco distanciamiento.

La primera bien puede estar representada por el cuadro titulado Rosa, que hoy por suerte para nuestra ciudad se encuentra en nuestro Musco de Bellas Artes. Rosa es una figura completa de mujer con un clavel en la mano y en la frente y en los ojos el pensamiento trasluciéndosele. Está pintado con luz de estudio, todo él muy tranquilo de color y en una gama más bien fría. Superficie muy empastada y lisa. A esta técnica de empaste y lisura pertenecen entre otros, además del de La Juma el “Jugando a la sogá” y “Para el manto de la Virgen”, este último expuesto en la exposición ya dicha de la Plaza de América. Del segundo estilo tal

vez fuera su primera obra “A la fiesta del pueblo”, pintado en 1917 con el que obtuvo la primera medalla y se conserva en el Museo de Arte Moderno de Madrid. Este cuadro no fue pintado al aire libre, aunque así puede parecerlo por su técnica impresionista. Los puros amarillos, cadmios, verdes, rosas, azules que juegan en la tarde abierta vibran en este lienzo que parece estar encendido. Los toques de pincel más sueltos, poca preocupación por alisar la pasta y una tela de grueso granulado que contribuye a la vibración del color, son la característica de esta nueva modalidad de su pintura a la que sin duda le llevó el impresionismo con su gran derroche de colores que Hermoso aunque nunca impresionista puro supo valorar debidamente.

A este período colorista en que no dejó de pintar también cuadros con su primer estilo pertenecen una serie de los cuales el mayor y con más figuras es el titulado “La Romería”.

Su tercera época, o bien sea su tercer estilo, tiene lugar allá por los años cuarenta y lo mantuvo hasta el final de su vida, aunque alternando, como siempre, con el primero —la técnica del empaste alisado y las formas bien ceñidas—. Creo que esto de no abandonar nunca su primer estilo corrobora lo que antes he dicho, que es el más personal suyo. En esta su última manera de pintar, en la que tal vez influyó la disminución de la vista, las figuras quedan más deshechas, las pinceladas se multiplican dejando a veces los pigmentos a veces puros que saltan por los contornos buscando unir figuras y fondos.

A Hermoso nada en su vida profesional le fue regalado. Todo tuvo que ganárselo a pulso. Así como a otros no se le exige mucho para llevarlos a las alturas, a Hermoso siempre le fue exigido el máximo esfuerzo.

Después del año seis, en cuya Nacional, como ya hemos dicho, no le otorgaron la medalla de primera clase que sobradamente mereció siguió concurriendo a todas las Exposiciones Nacionales. Pero está visto que a Hermoso no se le daría ese premio por una obra que para cualquier otro pintor hubiera sido bastante.

Cuadros suyos enviados a los certámenes siguientes que holgadamente la merecían fueron “Jugando a la soga”, en la de 1910, y “Para el manto de la Virgen”, en 1914. Mas tuvo que esperar a la de 1917 en que por fin se la concedieron por el cuadro “A la fiesta del pueblo”.

Y a seguir luchando en las Nacionales. Tenía que conseguir la Medalla de Honor y no se arredraba. A trabajar, como había trabajado toda su vida; con la ilusión misma de cuando joven.

No le fue fácil. Como siempre a él se le exigía el máximo esfuerzo y aun así cumpliendo estas máximas exigencias no le tuvieron en cuenta cuadros grandes de excelente calidad como fueron “Una boda en Fregenal”, “Las lavanderas”, “El baño de las zagalas” y algún otro más. Por fin la consiguió en 1948 con el cuadro titulado Altar, una escena del trabajo en la era, no mejor cuadro que los anteriores. Pero el jurado entendería que honradamente no podía negársela teniendo en cuenta la totalidad de su obra y de su vida que había sido total y exclusivamente dedicada al arte, que es lo que principalmente debe pesar sobre el jurado a la hora de emitir el fallo.

No puedo por menos que volver sobre el cuadro de La Juma —perdonadme la insistencia—. Un cuadro que mide en su horizontal 3,40 metros. Su autor tenía entonces sólo veintitrés años. En precocidad sólo le aventajó López Mezquita —los dos nacieron el mismo año—, que a los dieciocho en la Nacional de 1902 obtuvo la primera medalla con el cuadro “Cuerda de presos”, recompensa bien merecida sin duda alguna. Mas a fuer de sincero digo que en mi opinión entre los dos cuadros con ser el de Mezquita bastante bueno hay una gran diferencia a favor de La Juma.

Aparecen en este cuadro ocho niñas, adolescentes, que vienen de frente al espectador y a lo largo del lienzo; algunas algo rezagadas para mejor componer un solo rostro de perfil, cántaros de rojo barro en la cadera, refajos, mantoncillos de talle... y risas. Las risas que tantas veces pintó Hermoso —¿y quién como él en la larga historia de la pintura española?— ¿Qué otra cosa en el cuadro? Un campo con dilatada lejanía; en un segundo y próximo término tres árboles que recortan sus hojas un poco a lo primitivo sobre el cielo despejado, y por todo el lienzo la última claridad de las tardes de verano.

Y allí quedaron riendo para siempre las ocho niñas extremeñas que su paisano el pintor-poeta de Extremadura llevó al lienzo para darle más alegría a la pintura española .

SEBASTIÁN GARCÍA VÁZQUEZ